

1677

Claridad



ANGEL OSSORIO Y GALLARDO

NUEVO EMBAJADOR DE LA ESPAÑA LEAL Y HEROICA, EN LA ARGENTINA, CUYO TALENTO Y VIRTUDES CIUDADANAS LO HAN HECHO ACREEDOR A LA ADMIRACION DEL PENSAMIENTO LIBRE UNIVERSAL

Nos. 326 y 327

NUMERO EXTRAORDINARIO

50 Cts. el ejr.



El carbón lo abraza y lo envuelve como una esposa amante. Como una madre.

Algo, en la profunda conciencia de sus células se estremece en una vibración hiperestésica de espanto. Aquella masa inerte parece hacerse viva, orgánica, agresiva y potente.

También el carbón fué antes materia viva: los numerosos troncos milenarios fueron sufriendo la mineralización, la lenta penetración del moho de la muerte, acaso en un horrible suplicio inexpresable. Una tras otra, las capas celulósicas del tallo, de las ramas, de las hojas, fueron siendo estranguladas por aquella lenta marea inexorable. Se defendieron heroicamente, trinchera a trinchera, como los sitiados en una ciudadela. Pero al fin, la madre tierra los devoró, los aplastó, los incorporó en su seno.

Ahora es la carne de un hombre, dolorosa carne pensante, la que va a ser penetrada por el mundo inorgánico.

En la conciencia del anciano hay un último destello, y es una extraña visión de átomos y moléculas, en vertiginosa danza, colándose por sus intersticios, penetrando su piel, sus ojos, su boca.

Después: ¡nada!

Unas semanas después, uno de los fogoneros del "Atacama" recibe en su palada una insólita carga. Introduce la pala en el carbón y va a arrojarlo con fuerzas contra el hocico rojo y ardiente de la caldera, cuando un par de zapatos y unas piernas flacas, quedan colgando en el aire.

Sorprendido, tira la pala al suelo.

—¡Eh, niños!... —grita a los compañeros de turno—. ¡Vengan, vengan! ¡No sé qué diablos viene aquí en el carbón.

—¡Si es un cristiano, señor! —dice uno de ellos.

—¡Un difunto! Alguno que se queó encerrado en el carbón.

—¡Está intautito! ¡No se ha descompuesto ná! —agrega otro.

Los hombres están desnudos de la cintura arriba, transpirando a chorros, rojos los rostros al resplandor de los fogones.

—Habrás que sacarlo p'arriba, —dice el que lo descubrió.

—¡Y pa' qué? —dice otro—. ¡Vivo ya no va a volver a estar!

—Naidés resucita en estos tiempos... ¡Eso era cuando los santos andaban por el mundo!

Una voz imperativa se deja oír sobre las demás.

—¡Qué pasa? ¡Qué pasa ahí?... Dejar-se de "tallas", so flojos del diablo! ¡Y echarle carbón al fuego, niños!

Es el ingeniero de guardia, un pequeño hombre negro y rechoncho, de faz de cerdo, sin cuello, con los hombros muy anchos y con unos maxilares prominentes en una cabeza puntiaguda.

—¡Es un hombre! —dice el fogonero que lo sacó.

—¡Venía en la carbonera!

El ingeniero parpadea unos instantes y luego escupe ruidosamente.

—Bueno... ¡y qué! Algún "pavo" que se quedó escondido allí. Eso le pasa por idiota y por imbécil... ¡Trabajar! ¡Trabajar!

—Sí... Pero ¿qué es lo que vamos a hacer con el "finao"? —interroga el hombre.

—¡Qué sé yo! —replica el ingeniero—. ¿Qué me preguntan a mí?... Si quieren tener líos con pacos y con jueces, y que el buque quede de parada en Puerto Belgrano mientras se averigua todo este enredo, avísenle al Capitán!

—Yo no quiero enredos con naidés! —dice el fogonero vacilante. Recuerda que tiene viejas cuentas pendientes con la policía argentina, y no le halaga en absoluto la idea de que se revise su prontuario.

—¿Y entonces?

—¡Entonces! ¿No venía en el carbón?... ¿Y no va el carbón al fuego? ¡Al fuego!

—¡Tá claro!... —dice otro viejo fogonero—. ¡Al fuego!

—Aquí, naidén ha visto ná...

—¡Al fuego! —repiten automáticamente los demás.

—Güeno... ¡Ayudar entonces! —dice el fogonero que descubrió al "abuelo".

—Ey'tá. ¿No lo podís echar solo?

—No quiero que el "finao" me pene a mí no más! —replica riendo—. Entre dos, ¡no importa!

—¡Qué "finao" ni qué diablos! —exclama el ingeniero, tomando el cuerpo de los pies—. Agarralo tú de la cabeza! ¡A la una! ¡A las dos! ¡A las tres! ¡Chás! Listo!

—¡Güen dar! En China, en Rusia, no sé aónde, los echaban vivos en las calderas, ¿y nosotros no nos vamos a atrever a echar un muerto?

Un denso olor a carne quemada escapa del fogón y golpea fuertemente en el olfato de los hombres.

—¡Ciérrale un rato la compuerta! —dice el ingeniero—. ¡Que no me gustan los "chicharrones" a esta hora!

J U A N M A R I N

Santiago de Chile, 1938.

LA BISOJA

(La humilde tragedia de una "chinita dada" en el marco del paisaje mendocino, polvoriento y pleno de luz)

—¡Andá pa'l corral, Liboria, y tráime el guachito pa ver qué tiene!

—¡Si ia lo vi, mama! ¡No tiene más que la pancita hinchada!

—Di seguro que s'empachao. ¡Trémelo, te digo!

Las piernas ágiles de piel lisa, de la niña, emprenden una carrera veloz hacia el corral. Frente a la empalizada de chañares (2) se queda pensativa mordiéndose un dedito. Cinco años, a lo sumo, carita morena y resquebrajada como cáscara de granada, cabello armado en "chapequitas" (3) y cubierto el cuerpo con una camisa sujeta a un solo hombro y dura de mugre. Los pies descalzos, hurgan la tierra haciendo un hoyito.

—¡Apurate, po, Liboria!

Los pies dejan de jugar. La niña abre la empalizada y entra al corral. Se sienten sus rezongos ante la resistencia del animalito.

—¡Vení p'acá, sonso el diablo! ¿No vis que la mama te va curar? ¡Caminá, te digo!

El guachito de cabra se deja arastrar por la niña hacia el rancho.

—Aquí está mama. ¡Apurate que reula y ió no puedo má! — termina llorando la Liboria.

—Güeno, m'hijita linda. No iore por eso, que su mama se pone triste. Tráilo p'al rancho.

La desolación del campo moteado por el chilcal, da un marco áspero y rudo al ranchito hecho con troncos de algarrobo entrelazados con ramas de jarilla y chañar.

Arriba, el azul prusia de un cielo rotundamente luminoso y en la lejanía, la sierra adusta, pelada, pero maravillosa con el rojo, pardo, amarillo y verde de sus rocas.

El rancharío se agazapa debajo de molles de hojas pequeñas de un verde sucio, junto al curso turbio y bravío del Diamante.

Dentro del rancho, el humo del asado envuelve todas las cosas. En cuatro estacas unidas por tientos, sobre un cuero, duerme un hombre. En un rincón, la madre, en cuclillas, vigila el asado. En el centro, sobre el piso de tierra apisonada, dos banquetas de cuero y una máquina de escarmenar lana.

—A ver, Liboria, pasá el guachito. ¡No le hagás balar tanto! ¿No vis que tu padre ta' costao?

La niña entra en puntillas cargando al cabrito.

—¿Quiere, mama, que ió lo cuide? ¡Viera cómo bala! — La carita redonda se moja de lágrimas.

—Andá, dejálo otra vez. Al oscurecer, le voy

a iear a lo de doña Rosa. ¡Aura caláte! — termina susurrando la madre. Un gruñido brota del hombre echado en el cuero.

—¡En cuanto güelva a entrar esa bisoja'el diablo, la voy a sacar a lonjazo limpio!

La niña se acurruca abrazada al chivito; luego, sale despacio del rancho.

El sol cae a plomo. Las tierras labrantías parecen recortes verdes perdidos en la inmensidad del campo salitroso.

Liboria se acomoda detrás del rancho, en la línea de sombra que proyecta la pared. Con el guachito al lado, empieza a espulgarlo. A ratos recuerda a su padre.

¿Por qué la llamará bisoja? ¿Por qué le dice "guacha", y a su hermana Modesta, no? Se toca las piernas sobre la huella de los lonjazos. "¡Negra, cara d'olla!" ¿Y por qué la Modesta tiene pelo, como cuero mojado de oveja? Claro, como ella es negra y guacha, sólo puede jugar con el chivo y hacer mandados. Ella sabe que sólo puede entrar al rancho cuando se vaya su padre. ¿Y si la mama es de las dos, por qué el tata no lo es? Claro, el padre dice éso, porque ella es bisoja y negra.

La sombra es ahora larga detrás del rancho. Se sienten los pasos del padre que se aleja con su máquina a cumplir changas.

La Liboria corre con hambre a buscar su almuerzo. Se prende con avidez al pedazo de asado que le guardara con disimulo su madre. Más tarde, entrado ya el sol, llevan el cabrito a la comadre. En el camino polvoroso encuentran a la Modesta, que regresa de la escuela.

—¿Ande vas, mama?

—A lo de la comadre a curar al guachito.

—¿Y pa qué ievás a la bisoja? Es de mal agüero.

—No s'ia mala, m'hija. ¡Dios la de castigar! A la noche regresa el padre con noticias inesperadas.

—¡Chei, Rosa! ¿Sabís que se murió la vieja?

—¿Cuál vieja?

—¡Tu mama, po!... ¡cuál otra!...

—¡Se murió la mama! — repite en un eco, la mujer, y queda encogida de sufrimiento. La Liboria desde afuera, atisba el interior y al ver llorar a su madre, entra animosa.

—¡Salí di'ái, bisoja! ¡salí, si no querís que te rompa el lomo! — grita el hombre.

—¡Y de porqué ai de salir, si es m'hija! — responde, irguiéndose, la madre, contra el odio del padre.

—¡Cómo no l'hai de defender, si es la gua-



HUELLAS FEMINISTAS

cha! Hija mía nu'es; nada mío tiene! ¡Quién sabe qué indino jué el padre! ¡Negro como eia!

—¡Tuya es, como l'otra! Y si la pobrecita es bisoja, bien sabís que jué por un aire que le dió!

Enfurecido por la respuesta, el hombre se abalanza sobre la niña.

—¡Antes que la toquis, tenís que matarme! El hombre se detiene, furioso.

—¡La pobrecita es igual a la finada mama! Por eso, io la quiero má, ¿entendés? — prosigue la madre, llorando.

—¡Se parece a la mama! ¡Aura me querís hacer sonso, tamién!

Sigue un silencio amenazante. Luego el hombre habla:

—Di aiá e San Rafáil, mi'an traído esta carta pa vos. La vieja deja una casita y un terreno en Lavaie.

La madre escucha entristecida. Evoca en un instante su vida de muchacha, allá en Lavalle, alegre y jaranera. Cobijada por el cariño de la madre, pasó horas inolvidables de regocijo. Las chinganas (4), la challa (5), la yerra, el novenario, las carreras, que año a año se repetían en el pueblo, poniendo una nota pintoresca, la contaron como el elemento más decidor y entretenido. ¡Cuántos mozos la cortejaron!... ¡Y venirse a casar con este bruto flojonazo y maligno, que la enterró en Los Molles, más allá de todo pueblo importante, al sur de Mendoza! Allí se estaba secando como plantita sin riego.

—¡Pobre mi mama! ¡Morirse y ió tan lejos! Ni un perro habrá tenío a su lao pa que la cuidara... — murmura en medio de su llanto.

Siente crecer su odio hacia el hombre que la desgracia la uniera a su vida. ¡Ahora sí, que el muy ladino quería volver a Lavalle! La viejita dejaba la casa en pie y el terrenito cubierto de parrales y de higuerales!

El llanto se hace constante y monótono. La Liboria se arrinconaba junto a la madre, y el padre comienza a mover la máquina. Su chirrido es la melopeya que acompaña la congoja de la mujer. La otra hija, recoge la lana limpia y vaporosa y la acondiciona en un canasto de mimbre. Afuera, la noche fría, con el cortante viento que viene de allá lejos; de Malargüe (6) y Llanquanelo (7).

Un anochecer montañés, pleno de azul, y con un poniente teñido de rojo y ocre, vió partir a la familia rumbo al norte, en un carro de ruedas altas y pesadas, tirado por una rínglera de mulas.

Atrás dejaron tierras labrantías de promesas paniegas, viñedos enanos y salieron al encuentro de la llanura estéril por el beso pegajoso del salitre. Lejos, las montañas rojas, moradas y pardas, se esfumaban en el azul de las lejanías. Lavalle, perdido en la seca travesía huarpe (8), humedecido por el Tulumaya y el

Mendoza, es un pueblo chato de casonas de adobes, perdidas en la polvareda de sus calles. A veces, la ramada verde de los álamos del país, altos, enhiestos, juveniles; o la mancha fresca del saucedal, producen un respiro y un descanso a los ojos fatigados de ver tierra. A lo largo de los canales de riego crecen los rosales silvestres. Afuera, campos labrados y tierra con chilcales (9) y retamos (10).

La Liboria se queda deslumbrada con el cambio. La casa de adobes, con parrales de uvas negras que les dejara la abuela, es su nuevo campo de experiencias infantiles. Divide, entonces, su vida así: "enantes, en el rancho e retamo y jarilla; aura en la casa de l'agüela."

La madre revive en el pueblo de calles anchas, afelpadas de tierra; la plaza, la capilla, los negocios, la hacen sentirse otra vez pueblera.

—¿Pá qué trabajar, aura? Que se conchave mi mujer y entregue a servir las chinitas.

El padre conversa muy suelto, contento de encontrar amigos en los boliches y comités, con los cuales "tabea" a todas horas.

En el pueblo casi no hay oficios. Se es campesino u hombre para quehaceres del campo. En tiempos de elecciones, los hombres como el padre de Liboria, comen, beben y viven en los comités. Durante la trilla, como peones; y en los demás meses del año, para arreglar las acequias (11), destapar compuertas, cortar leña, blanquear algún frente, construir un horno, encuentran siempre alguna changea circunstancial.

El padre, vicioso y haragán, cómodamente abandona su oficio de colchonero. Y para la pequeña familia campesina se inicia entonces una nueva vía crucis. Hay techo, pero falta el pan.

—¡Tortitas calientes! ¡P'al mate, muy ricas! —Acércate chusquiza! A ver las tortas... Tán calentitas... ¿Y tu mama, Liboria?

—La dejé horniando, doña Luisa.

—¿Por qué tenís las canillas listadas? ¿Son lonjazos? ¡Pucha, con el bruto e tu padre!

—Soy guacha.

—Di alguien tenis que ser.

—Dice que tengo la sangre pesada y que le traigo disgracia, por bisoja.

—¡Qué vas a tenir sangre pesada! Si sos una chinita tan serviciala... Decile a tu mama que, si se anima, te puedo ievar pa la ciudad a servir en casa decente.

—Háblele po, a mi mama. Pero soy muy chiquita.

—¿Cuánto tenis?

—Seis años, no más, po.

—Pa cebar mate ai de servir. Un mandao o pasar l'escoba por la vedera. Decile a tu mama que tengo una comadre en la caie San Martín, de Mendoza, y que si quiere, te iervo en la

mensajería del jueves. Que te despioje y te ponga alpargatas.

—Io tengo miedo, aiá en esas lejuradas sin la mama!

—¡No si'as sonsa! A lo mejor, eia también se aiega p'aiá, después que vos.

—¿Y quién va a vender las tortas?

—La belicha (13) e tu hermana qu'ej maj metida que choco lanudo.

—¿Y el guachito?

—Que te lo cuide tu mama.

—¿Y si se lo come el tata?

—¡Y qué le va'acer! Pior es que t'estén matando a lonjazos, con las canillas escaldadas, siempre a pata y con las carnes al aire. ¡Dios me asista! ¡Cómo se pone de bruto el hombre en cuanto chupa!

—¿Todos chupan, doña Luisa?

—Casi todos. ¿No vís a don Polonio, a don Jacinto, que cuando no "tabean" están "curaos"? (14).

—Tata m'ía dicho, que si la mama se des-cuida, me va ievar pa las lagunas. ¿Pa qué será?

—No te asustés, m'hijita. Hai de ser pa que le traigás truchas. ¡Pero vean si será Judas el "curao" ése.

—¡Mama! Dice doña Luisa que si querís, me va ievar en la mensajería pa la ciudad.

—No, m'hija. ¿No ve que la ieva pa servir, y quién sabe en qué manos a de cáir?...

—¿Y de por qué no venís conmigo, po?...

La madre mira la casita, la higuera y el parral. Todo color tierra, enterrado en la tierra y matizado de tierra.

—¡No puedo, m'hija! Va a venir un "guagua" (15), y tengo qu'estar aquí pa recibirlo. ¿No sabe, po, m'hija, que va a tener un hermanito?

—¿Sí, mama?...

Los ojitos brillan. Ríe jubilosa la niña; trisca en el patio; se cuelga de una rama de higuera y luego regresa inquieta junto a la madre.

—¿Al guagua, no le va a pegar el tata, nu'e cierto, mama?...

Siesta pesada. Se oye nítido el zumbido de los alguaciles y el vibrar de las cantáridas. El viento arremolina el polvo desdibujando en el felpudo del camino, las huellas de carros y mulas.

—¡Huija, ja, ja!

Se desgarran el silencio, y de la cancha de tabas, sale un hombre. Ahí, no más, junto al zanjón (16) de agua densa, turbia, sabrosa a tierra y hierba mota, se tira a dormir su siesta.

Un dedo negro, con uña fuerte como bazo, sale de la ushuta (17). La cerda áspera del bigote deja ver el borde duro de la boca huarpe. Un mechón clinudo cae sobre la frente.

El padre de la Liboria descansa. Ha tabeado y ha ganado. Vino carlón oscuro, pesado y arrollado de vaca, con ají cumbarí, pusieron remate a su alegría.

Van saliendo otros parroquianos.

—¡Pucha! ¡Están lejos l'eleccione! Don Gustavo mi'apalabro, porque piensa ricien p'al primero abrir un comité; ió, el "curao" del colchonero, el tuerto La Paz y otro ma, le vamo a cuidar el local. Va ver bordalesas e'vino, asao con cuero, taba, carreras, monte y chinas.

—¿Y enantes qué pensás hacer?

—No sé. Li'anduve destapando una'cequia a don Polonio. Aura me voy pa lo de don Romualdo, a ver si quiere que le pinte el galpón del boliche.

—¡Ió, ni bombachas tengo. La vieja tá e'lavandera. Ni pa sopaipillas (18) saca. Lava en lo de doña Luisa.

—¡Qué querís con los Santamaria! ¡Si son unos pilillos (19) e'miércoles!

—Pa la trilla parece que voy a tener algo. Me vi a conchabar como piñon pa desgranar. Algo i de sacar.

—Y güeno. Io me voy al rancho a siestar.

—Chei, ¿no sabís que el galego e don Manuel ha puesto un bodegón (20), con chinas nuevas, p'al lao de la finca d'Echevarrieta? ¡Hay que ver el anca e potranca de una ñata jaranera!

—¿Se puede chupar algo güeno?

—¡Y claro! La chicha es juerte y el vino'e primera.

—¡Jué pucha! Y sin un centavo.

El viento zonda abate los sauces y las ramas barren el agua gredosa del canal. Balan las ovejas y el relincho de los caballos se prolonga hacia el campo ahogado en la polvareda ardorosa.

Las casas y los ranchos están cerrados; por las rendijas entra la arena y pone ásperos los dientes y ardidos los ojos. Las habitaciones están frescas y, a oscuras; afuera, el ambiente es caliginoso, azotado por la violencia del viento. Las gallinas cacarean inquietas y los gallos cantan en plena tarde.

Las viejas se persignan.

—¡Amalaia no tiemble! (21).

La vieja casita de adobes de la Liboria está cerrada con trancas.

Adentro, el padre toma mate, la madre remienda y la Modesta juega. Casi a oscuras están, pues, la ventana no tiene vidrio y la vela, apenas alumbraba.

Afuera, junto al horno, debajo del techado del corral, la Liboria juega con el guachito. Luego se arrastra bajo la arena del vendaval y el sol quemante, hacia los fondos de la casa.

Entre las matas de la acequia que divide al predio, ella encuentra las pequeñas flores moradas de la hierba mota y las hojitas fra-

gantes de la menta. Juega con las "madres del agua" (22), que se alejan, asentadas en la corriente rumorosa. La niña las alcanza; toma con suavidad sus cuerpos y le divierte el juego de las patitas debatiéndose en el aire.

De entre los pedregales salen los matuastos (23) lisos, blancos y veloces, que miran la luz y huyen a la oscuridad. Las lagartijas se deslizan sobre las piedras y la Liboria corre a cazarlas. Alegría y curiosidad infantil en sus ojos; silvestre travesura en sus modales. Se sienta y oye el llamado de la madre.

—¡M'hija, venga pa dentro! ¡Le va dar la virgüela, andando al sol!

—¡Mama, las madres del agua se van todas!... ¡No hay ni "come piojos" (24), ni "mata cabaios" (25) por el campo!

—¿No vis que corre el Zonda? (26). ¡Andan los diablos sueltos! Y a lo mejor, tiembla...

—¿Va dir conmigo pal pueblo, mama? Doña Luisa me dijo que m'hagás el atadito e ropa pa ievarme.

—Va dir primero sola, m'hijita. Endespués, su pobre mama, si acaso no si a muerto con el guagua nuevo... No iore, m'hija. Váiasse. Va ser pa bien suio. Aiá, la gente tiene casa, comida y agua corriente. La mama agüela jué sirvienta y sabía contar.

Pasa su mano áspera por la cabeza de la niña. Bien supone ella que ¡quién sabe si la vuelve a ver! La va a entregar sin tener siete años, como sirvienta, para librarla del odio del padre y de la miseria de siempre. ¡En qué manos irá a caer!...

—Pa la noche, después que amaine el viento, sale la mensajería. Se va dir mi chinita, muy empaquetada. Venga pa'cá, que lái de lavar y despiojar un poco.

Al anochecer, un aire fresco y cortante enfría la tierra, revuelta por el Zonda. Es el sur, que viene después del azote caluroso, y que pone la piel de gallina. Un silencio tirante y pesado cae sobre la villa.

La gente se ha acurrucado junto a los braseros, saboreando las sopaipillas y pasteles. Hay una vibración extraña en el aire. Las aves están inquietas y los gallos rompen el silencio con un canto desgarrado y alto. Las vacas tiemblan y los caballos han juntado sus cabezas y puesto el anca al viento.

—¡Parece noche e'brujas!

—Va temblar...

—¡Cáiese, vieja e mal agüero!

—Así jué, pal 61, cuando murió mi mama.

—¡No quedó piedra sobre piedra!...

—Nada. Naidés pudo salvarse. Las torres e San Francisco se abrieron como granadas y ai no más se quedó le gente aullando, aplastada. Era pa un Jueves Santo. Dende entonces, l'ánimas vagan por las ruinas.

—Cuando juí pa Mendoza vi luces que se apagaban y prendían en las ruinas.

—Y usted, agüela, ¿dende entonces está aquí?

—Así, jué. El tatita no quiso saber ma del pueblo. Nos vinimos en carreta tiradas con güeyes, con todos los trastos que salvamos. Y aqueia noche, había la mesma calma, la mesma friolera qu'aura.

—¿Sabe mama vieja que esta noche sale pa Mendoza doña Luisa y se ieva la Liboria pa servir?

—¡Pobre chinita! ¡Malala su suerte! El "curo" del padre anda perdió en los comités y bodegonos. La madre está enferma y con un guagua por iegar!

La campanilla de la mensajería sobresalta al pueblo. Don Alcides la dirige y va recogiendo los viajeros de las puertas de los anchos zaguanes.

—¡Que les vaia bien! ¡No olviden cartear!

—¡Tapate bien, viejo, que se te va a helar el moco! ¡La noche está muy fría!

—Pero vea, don Alcides; qué estrellas más altas y brilladoras.

—¿Y vió, doña Luisa, que aura no se mueve ni un'hoja?

—¡Amalala no tiemble!

—Paso tamién por lo de la chinitilla, po?

—Y claro, po. No ve don Alcides que me la ievo a la chirusita pa que deje e penar?

—Pa penar con otros...

—Nu'a ser así. La casa p'ande va es cristiana.

—A veces, el cristiano, es malo como mandinga.

La mensajería enfile al rancho de la Liboria.

Silencio, noche negra, cielo alto, estrellas brilladoras y hálito frío. Vuelven los gallos a cantar.

En la casa, la madre de la Liboria ata a los pies de la niña, las primeras alpargatas. Le ha colocado la ropa de fiesta y trenzado sus cabellos en chapecas bien prietas.

—Ta limpia, despiojada y con muda compuesta. ¡Se la entrego, doña Luisa! ¡Cuídelala, que es pa mí como una entraña!

La madre llora y con esa torpeza emotiva tan criolla, que no se anima a cuajar en un beso, la empuja hacia el coche.

—¡Al fin va cair la suerte en casa! ¡Se ievan a la bisoja! — grita el padre.

—Colóquela junto a don Alcides, en el pescante, pa que vaia segura! — recomienda la madre.

—¡No, mujer! ¡Cómo se le ocurre! Se va a helar... Pásela pa'quí adentro. ¿Tiene alguna cobijita?... Eso es, pa las piernas. Güeno, bendiga a su hija.

—¡Dios la salve, m'hijita y l'haga buena!

—¡Mamita! ¿Va venir pal pueblo?

—Sí, m'hija; en cuanto iegue el guagua.

—¡Me ieva el guachito, entonces!

—Sí, m'hija. Pórtese bien, sea buena. Su mama va mirar siempre pa aiá, por ande me la ievan.

—¡Mama, no quiero ir!

—¡Acuérdesse de su tata malo, m'hija! ¡Váiasse! Así cuando si'á grande, va a saber ayudar a su mama. ¡Va dir a la escuela, tamién!

—¡Güeno, mama!

—Ta güeno e iorisquiar. Déjela a su chinita que ió seré su mama en el viaje.

—¡Hasta la güelta!

Y la mensajería llena de vecinos, rueda por el camino terroso. La saludan los cuzcos campesinos y el ladrido queda vibrando en la calma.

Noche densa, sahumada con el olor áspero de los chilcales... La mancha de un sauce irrumpe inesperada.

El camino se estira al sur en un esfuerzo blando de tierra arenosa. El agua del zanjón se desliza murmurante y pesada.

Pasan las horas.

Y en el silencio se siente el comienzo de un tronido lejano. Ni una sola mancha perturba la frígida lejanía de las estrellas. La calma es tremenda y cae sobre las cosas y los hombres, como una manta de angustia.

De pronto, los caballos reinchan enloquecidos; se alzan en las patas traseras y el grito de don Alcides, junto a la frenada vigorosa, los vuelve a su sitio.

Y como si la tierra fuera un extraño mar hecho de polvo y casquijo, empieza a estremecerse y corcovear en medio de un tremendo bramar subterráneo.

El alarido de las mujeres y el llanto de los niños vuela hacia los campos. Se lanzan los viajeros al suelo, y los caballos, enloquecidos, corren a campo traviesa.

—¡Misericordia, Señor! ¡Tiembra!

Y las mujeres arrodilladas, levantan sus brazos y aúllan su desamparo en la noche de calma absoluta, en tanto, los hombres, de pie, se bambolean, como ebrios, hasta perder el equilibrio.

—¡Mama! ¡Mamita! — El llanto de la Liboria se desgarran en la noche.

—¡Misericordia, Señor!

—¡Cordero de Dios! ¡Perdónanos!

La tierra enloquecida se abre en grietas. Profundas rajaduras, bocas hondas y misteriosas, de donde brota agua hirviente y vapores sulfurosos. El canal comienza a salir de madre. En la oscuridad, los viajeros se apeñuscan buscando la cordialidad del corazón vecino. Y hacia lo lejos, el alarido despavorido de los pobladores, se pierde entre la polvareda inmensa que brota en remolinos de los ranchos y casonas, cuyas paredes de adobe, primero se abombaron, estiraron y luego se abrieron, cayendo sobre los moradores aterrorizados.

El aullido de los perros, y el cantar de los

gallos, se oyen sobre la angustia del ¡Misericordia! ¡Misericordia!

La tierra ha dejado de corcovear, y a la luz de las estrellas, el llanto de los sobrevivientes, ante las ruinas de Lavalle, se alza como imprecación ante la pavorosa tragedia de los seres.

Al amanecer, los viajeros de la diligencia regresan al pueblo. Una marcha temerosa, a las primeras claridades del día, en medio de un camino rajado y agrietado, con la angustia de no saber si habría de tragarlos la tierra a cada instante.

El pueblo los recibe hecho polvo y escombros. Los lamentos de las gentes se pierden en la frialdad de la mañana. En veinte segundos, la tierra deshizo con su tremendo corcoveo, la obra de muchos años y de muchos seres. Lavalle es ahora, sólo un montón de paredes y techos derrumbados.

Y entre los lamentos de las mujeres, el blasfemar de los hombres y el rezar de las viejas, se oye el llanto infantil de la Liboria que busca a su madre y al guachito.

Ahí no más están todos. Bajo los escombros, sólo alcanza a divisar el pie con ushuta de su padre y una mano de su madre, que al quedar en el aire, pareciera esbozar una caricia inconclusa, hacia la hijita ausente.

ANGELICA MENDOZA DE MONTERO

(1) Bisoja: Expresión provinciana que significa "bizca".

(2) Cbañar: Arbusto espinoso del monte argentino.

(3) Chapecas: Trenzas.

(4) Chingana: Diversión populachera.

(5) Challa: El carnaval indígena.

(6) Malargüe: Localidad al sur de Mendoza y en las estribaciones de la cordillera.

(7) Llanquanelo: Laguna cerca de la Malalhué o Malargüe.

(8) Huarpe: El indio que en la época precolombiana vivió en la región de Mendoza, al norte.

(9) Chilca: Mata espinosa, cuyas hojas tienen un sabor muy amargo.

(10) Retamos: Arbusto de las travesías cuyanas, útil por su leña.

(11) Acequias: Pequeños canales por donde corre el agua que viene de o los zanjones (brazos artificiales de río). Herencia de la irrigación quíchua.

(12) Chusquiza: China, en forma despectiva.

(13) Belicba: Bataraza.

(14) Curaos: Expresión cuyana que significa: ebrios.

(15) Guagua: Bebé en el lenguaje quíchua.

(16) Zanjón: Canal artificial de mucho caudal que sirve como medio de regadío.

(17) Ushuta: Alpargata de antecedente indígena.

(18) Sopaipillas: Tortas fritas.

(19) Pítilos: Gente "decente" pero mal trajeada.

(20) Bodegón: Lugar de diversiones y donde se baila y se bebe.

(21) ¡Amalala!: El castizo. ¡Ah! ¡Malbaya!

(22) "Madres de agua": Insectos propios de las corrientes de agua.

(23) Matuastos: Reptiles, parecidos a los lagartos que abundan en Cuyo.

(24) Come piojos: Mamboretá.

(25) Mata-caballos: Insectos de los sauces, semejantes a cucarachas de gran tamaño.

(26) Zonda: Viento fuerte del norte de Cuyo, que corre encajonado en las sierras de Zonda en San Juan. Es viento de desierto.